



*Juan Marinello, por Diego Rivera (1951).*

## En la muerte de Juan Marinello (1898-1977)

por Roque Javier Laurenza

El ilustre escritor, que acaba de fallecer en La Habana, el 27 de marzo último y que era el representante de su país en el Consejo Ejecutivo de la Unesco, había nacido en la cubanísima población de Jicotea en noviembre de 1898. Marinello perteneció a una brillante generación de cubanos universales que, a partir de 1925, abrió las puertas de la cultura isleña a todos los vientos de la modernidad. Coetáneos y compañeros suyos, aunque con diferencias de edad y, en ciertos casos, diversa inclinación política, fueron, en efecto, Juan Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Regino Pedroso, José Antonio Fernández de Castro, Emilio Roig de Leuchsenring, Félix Pita Rodríguez, J. Sicre, Fernando Ortiz, Amadeo Roldán, Félix Lizaso, Emilio Ballagas, Martí Casanovas, Francisco Ichazo, Eugenio Florit y muchos otros que animaron la vida cultural de Cuba y de otros países del Caribe mediante la elegante revista **Social** y la innovadora **Revista de Avance**, órgano del llamado Grupo Minorista y sociedades como la benemérita Institución Hispano-Cubana de Cultura.

Después de brillantes estudios en La Habana y en Madrid, emprende una doble actividad de intelectual y militante político, armónica y coherente, pues lo que la pluma escribe lo reafirman y defienden los actos del ciudadano.

En Marinello, la aspiración a la belleza va unida a una voluntad de justicia que se traduce en una acción social concreta y que determina todo el quehacer del hombre. Luchas civiles, cárceles y destierros jalonan la vida del escritor.

Sin embargo, a pesar de la intensidad de su acción política, que transcurre sobre el doble plano nacional e internacional, nunca descuidó su menester de pensamiento y escritura. Y, así, este hombre (que fue catedrático, rector universitario, senador, presidente de partido y de instituciones internacionales, como el Premio Lenin de la Paz, miembro del Comité Central del Partido Comunista cubano, Embajador Delegado en la Unesco, miembro del Consejo Ejecutivo de la misma Organización, entre otros muchos cargos), deja tras sí una obra de más de cincuenta títulos, entre las cuales se cuentan trabajos de erudición minuciosa, de paciente labor investigadora y de calculadas gracias estilísticas.

El rasgo característico de la obra literaria y política de Juan Marinello es su fidelidad a los manes de la patria nativa, al destino y bienestar de su pueblo. Su pluma, como su acción cotidiana, discurre a la sombra de José Martí, el Apóstol, a quien dedica innumerables páginas de exégesis para demostrar la actualidad y vigencia de su pensamiento. Mas la verdad es que, en Marinello, las virtudes ejemplares del varón de toga y tribuna se nutren en la íntima entraña del hombre cotidiano.

El hecho es que la misma poesía de Marinello refleja esta dualidad del hombre de acción y el lírico, del combatiente y el artista. Dos ejemplos de ello son, para citar sólo dos de sus poemas, *Las Coplas de Pancho Alday* y el hermoso *Soneto imperfecto para la frente de Pepilla Vidaurreta* (su esposa). En las coplas dice:

El tiro que no tiró  
mi abuelo en Ceja del Negro  
lo tiro yo.

El planazo que no dió  
mi padre en Cacarajícara  
lo suelto yo...

Aunque viejo, no me asusta  
hablarte de un amor nuevo;  
es que estoy enamorado  
de mi pueblo...

Y en el soneto que dedica a su fiel "Pepilla" en el trigésimo cuarto aniversario de su matrimonio, Marinello canta:

Aquella frente tuya, rumorosa,  
hecha de luna y caracol marino,  
fue la dueña absoluta de la rosa  
cuando emprendimos, juntos, el camino.

Aquel erguido vaso peregrino  
que encendió su presencia numerosa  
ante cada dolor, y a toda cosa  
impuso la pasión de su destino.

Es esta misma frente conmovida  
y quieta en su clamor, lumbre nacida  
de las sombras mortales de la hora,

que vuelve en tiempo y luz y en alborada  
toda flecha enemiga disparada  
sobre su fiel planicie vencedora.

Tocó a Juan Marinello la rara experiencia de colaborar de manera práctica en la realización de sus ideas y esperanzas. Tal vez fue esa experiencia misma la que dio a sus últimos años esa serenidad y ese buen humor constante que daban a su charla y compañía una gracia y una suavidad ejemplares, avivadas aún más por la cultura. Porque Juan Marinello fue la prueba hecha carne de aquel decir famoso de que cultura es lo que permite a un hombre asumir lo más de humanidad posible.

**(Perspectivas de la UNESCO)**

